

EL VIAJE

El regreso

La tarde era exageradamente fría en el Valle de Aconcagua cuando el bus que traía entre sus pasajeros a Ramón Cáceres arribaba al sucio y desarticulado terminal rodoviario de San Felipe proveniente de Santiago. El hombre retiró con ayuda del auxiliar un bolso con sus escasas y sucias pertenencias y cabeza gacha se dirigió hacia el centro de la ciudad que a esa hora y pese al intenso frío cordillerano aun soportaba el tráfico y el movimiento peatonal propio de una gran urbe, fenómeno que había ido creciendo descontroladamente sacudiendo la tranquilidad pueblerina de la localidad y sus habitantes. Sin embargo para Ramón Cáceres los problemas eran otros muchísimos más intrincados y dramáticos que el tráfico y los bocinazos.

Año 2018 y Ramón Cáceres es condenado a pena aflictiva de presidio en una cárcel del sur del país. Una riña cualquiera, un cuerpo que se abalanza en su contra y el brazo derecho fuerte y musculoso de Ramón, golpea frontal y violentamente el rostro de su atacante. Eso era todo. El individuo a quien Ramón no había visto jamás, azotó pesadamente su cabeza contra la cuneta partiéndose casi literalmente en dos mitades exactas. En los cuatro años siguientes y en ese encierro desconocido y brutal para él, no recordó de ese episodio nada más que el sonido estrepitoso y aterrador de la cabeza azotándose contra el cemento.

Cumplida su condena salió en libertad como tantos individuos que ya han perdido a sus familias, que ya tienen en sus antecedentes la marca indeleble de haber estado en la cárcel, sin oportunidad de trabajo, sin dinero y lo más dramático sin saber qué hacer con esa libertad con la que soñaron cada uno de esos largos días. A poco andar Ramón pudo entender que su vida ya estaba acabada y solo era un cadáver social al que le faltaba solamente el hedor fétido y nauseabundo de la muerte devorándole los tejidos.

Cruzo la avenida en esa tarde helada y desgarradora en donde ahora abundaban los rucos de inmigrantes y personas llamadas en situación de calle que no eran más que individuos como el, desterrados en vida al olvido y el desprecio social, fenómeno que se repetía en todas las ciudades del país. Durante su encierro habían ocurrido dramáticos y violentos acontecimientos sociales y políticos tales como el levantamiento por reformas ocurridos en 2019, y luego de ello la pandemia del corona virus. Tal como en esos combates de boxeo en que uno de los contendores esta mareado y tambaleándose en las cuerdas, y recibe otra

andanada de golpes cayendo sin sentido, el país había sido arrastrado a una crisis social y política nunca antes vista en la historia a lo menos reciente

Pero como ya dijimos, esos hechos no eran para Ramón nada que distrajera su atención centrada hoy en su principal motivo para estar en San Felipe esa fría tarde de Junio. Y la verdad es que para este hombre, cansado, casi derrumbado en su mundo de miseria y degradación tanto física como mental, no había respuestas claras y categóricas acerca del fin que lo había llevado a tomar ese bus desde la capital ni tampoco (menos aun) por qué razón concreta estaba hoy en la ciudad que lo vio llegar joven, trabajador y con un carácter dominante al que sus escasos amigos le temían sobre todo cuando el exceso de alcohol lo transformaba en un ser violento al que nada podía detener. En el último tramo de su encierro, Ramón había empezado a escuchar voces que le daban órdenes acerca de que debía o no hacer. Esas voces que suelen ser siniestras manifestaciones de cuadros paranoicos y delirantes obligaron a enviarlo directo al psiquiátrico para sacarlo del delirio y calmarlo con la cantidad de medicamentos que al menos lo pusiera a dormir y de esa forma salir de las crisis cada vez más seguidas. Pero bueno, vamos a lo otro que nos convoca

La mujer

Margarita Urzúa a los veinte años era una mujer hermosa, de una piel morena tostada por el sol de los veranos del Valle de Aconcagua, y con unos ojos luminosos cuyo brillo y resplandor destacaban entre todas las mujeres de su edad.

Había ganado el título de Miss Valle Aconcagua en un concurso de belleza local que luego fue cancelado para siempre ya que los estándares de belleza femenina habían chocado con las tesis feministas que condenaban cosificar a la mujer como un objeto de admiración solo por su belleza física. Sin embargo ella guardó por siempre las publicaciones de la prensa local en las que aparecía siendo premiada por un jurado también local.

Sin embargo su vida siguió siendo dura y sacrificada, ocupándose en la fuente casi única de trabajo en la localidad es decir en la recolección de frutas de temporada. Cuidaba de su madre enferma crónica y sus días transcurrían con esa lenta y a veces desesperante rutina propia de las localidades rurales. Así fue como Margarita fue olvidando y dejando atrás su colección de portadas y fotos que le recordaban lo hermosa pero a la vez efímera que había sido esa etapa de su vida.

Lo que si permaneció en ella era esa delicada sensualidad natural y propia que irradiaba al caminar desde su casa al minibús que la llevaba y traía desde las zonas rurales en que conseguía trabajo.

A los 35 años fue cuando ocurrió lo que al principio fue el cuento de fantasía más emocionante en su corta experiencia como mujer, y en que quedó literalmente atrapada hasta el último de los átomos y células de su cuerpo y hasta lo más profundo de su alma y su espíritu. **Una mirada.**

Eso fue lo que le basto a Ramón Cáceres para enamorar loca y explosivamente a Margarita. Ese era el hombre, fuerte y rudo, de cejas y bigotes marcadamente cuidados y esa mirada que asfixiaba y atrapaba como la tela de una araña atrapa a un insecto. No hubo más, el corazón dictó en ese momento único en la vida de Margarita la sentencia definitiva e inapelable. Ese hombre era con quien quería vivir, tener hijos y construir su casa blanca con ventanas rojas y un patio donde corría su hijo junto a su perro a recibir a su marido cuando este volvía del trabajo. Eso era.

Y eso fue lo que ocurrió. Sus vidas se fundieron en una sola y empezaron a recorrer el camino soñado del romance, las cosas cotidianas, las risas y entonces el sueño de Margarita comenzó a cumplirse paso a paso. Nada hacia presumir el giro dramático e inesperado que tomarían sus vida sino a partir del primer año de vida juntos.

El fin

Los problemas empezaron lenta pero inexorablemente a enturbiar su relación, principalmente debido a la ingesta excesiva de alcohol y las ausencias casi diarias de Ramón al hogar, esa casita blanca con ventanas rojas que aún no terminaban de construir.

Como suele ocurrir, las complicaciones nunca vienen solas y Margarita en plena crisis ya casi terminal de su relación de pareja, recibió con estupor, sorpresa y aunque nunca hubiese imaginado decirlo con dolor, el diagnóstico de su embarazo.

Nunca supo bien como se desencadenaron los acontecimientos en los que la violencia física pero más que nada psicológica de su pareja provoco el quiebre definitivo. Tampoco ahora quisiera ni siquiera esforzarse en recordar esos días inclementes y desoladores. Solo que una mañana despertó en su cama sola y nunca más volvió a ver al hombre de cejas y bigotes cuidados esmeradamente

que un día la miró desde la profundidad y el embrujo de sus ojos marrones y la sedujo por y para siempre. Se mezclaron el alivio que sintió al sentirse libre de las múltiples jornadas de maltrato tanto psicológico como también de la sexualidad tambaleante y borracha tal como el, y por otro lado paradójicamente el sentimiento de ver fracasados todos y cada uno de los proyectos de vida que en una época construyó junto a él y que hoy definitivamente había que dejarlos como se deja de lado un trasto viejo e inservible. Pero estaba el hijo, y su instinto de maternidad la levanto de la cama ese día para empezar a rehacerse ella como persona y poder recibir ese hijo ya sanada y lista para ser madre.

De las cosas buenas que a Margarita le ocurrieron esa fría tarde de Junio en que Ramón Cáceres cruzaba la avenida del terminal de buses es que no se enteró de su presencia en la ciudad salvo mucho tiempo después y producto de los trágicos acontecimientos que ocurrieron el sur del país relacionados con Ramón Cáceres y su muerte presunta al ser embestido por un tren que se dirigía al sur a la altura de San Francisco de Mostazal. Se manejó por parte de los investigadores la hipótesis bastante real de que había sido un suicidio o que el individuo encontrado y catalogado como en situación de calle se hubiera dormido, más bien se hubiera desparramado literalmente sobre la línea férrea.

Lo que no podemos dilucidar amigos míos, es qué fue lo que impulsó a Ramón a llegar hasta San Felipe considerando el estado de calamidad humana en que se encontraba. Pretendía quizás llegar y encontrarse con ex pareja y suplicar el perdón y prometer con su vida que todo sería distinto a partir de allí? O talvez ver por única y última vez a ese chico que debía tener ya 8 años? Claramente no estaba en condiciones físicas ni psíquicas de enfrentar una situación como esa.

Y si lo anterior fuese real y esas eran las intenciones que su gastado y ya corrupto cerebro podía a duras penas procesar, si efectivamente hubiese querido rehacer y reconstruir su relación, después de 8 años no solo de ausencia sino de un abandono total y cruel a su mujer y su hijo, ese solo impulso daba cuenta del calamitoso y precario equilibrio de sensatez que todo ser humano necesita para ir por la vida persiguiendo sus sueños y esperanzas. No, no estaba en condiciones de hacer nada más que volver a cero, cruzar San Felipe esta vez en dirección al sucio y destartado terminal de buses, seguramente con los estertores de sus manos que apenas podía controlar y su viejo bolso donde estaba su ropa sucia y gastada.

Quizás, (es solo una conjetura), el hombre de bigotes y cejas marcadas, con esa mirada de la cual las mujeres se enamoraban perdidamente, esta vez se escaparon unas lágrimas y volvió a ser por un minúsculo instante el hombre joven que iba a construir la casita blanca de ventanas rojas y un patio donde corría su

hijo con su perro a abrazarlo de vuelta del trabajo. Más allá, la silueta delicada de esa mujer (la más hermosa de la localidad) sonriéndole dulce y amorosamente desde la puerta. Tal vez alcanzo a llorar antes de subir al bus en dirección al Sur donde había empezado su tragedia hace no más de 8 años y donde probablemente su mente y su alma ya intoxicada e invadida por los demonios que le hablaban por las noches se entregarían cansadas y extenuadas como soldados volviendo del frente de batalla después de la derrota, con sus uniformes hechos jirones, la mirada perdida y las armas colgando inertes en sus hombros. Ahora si, Ramón supo que definitivamente su vida estaba al borde de la destrucción, y que solo faltaba el final. El viaje había terminado....